

Saboya, en el Delfinado y en Flandes. En 1714 asistió á la entrevista del príncipe Eugenio con el mariscal de Villars, y concurrió contra la Turquía á ganar la batalla de Peterwaradin, en la que recibió una lanzada en el vientre, que le obligó á tener que llevar un vendaje de hierro, durante todo el resto de su vida. En 1720 se incomodó con el príncipe Eugenio, como se había incomodado con Chamillard, y se pasó á Turquía, donde tomó el turbante, se encargó de la direccion de la artillería turca, llegó á ser pachá, se distinguió en 1739 en la guerra contra los imperiales, y murió al fin en Constantinopla el 22 de marzo de 1747 á la edad de 72 años. Está enterrado en el cementerio de Pera, en donde se puede aun hoy reconocer su sepulcro por esta inscripcion turca :

« Dios es eterno : que Dios glorioso y grande para con los verdaderos creyentes, le dé la paz al difunto Acmeth, Pachá, jefe de los artilleros, el año de la Egira 1160. »

El año de la Egira 1160 corresponde al año de la era cristiana en 1747.

Solo quedan que decir dos palabras acerca de la muerte del caballero de Belle-Isle y de la del señor de Vintimille, arzobispo de París.

El caballero de Belle-Isle se habia ocupado constantemente en la ilustracion de su hermano el mariscal de Belle-Isle con todos los conocimientos é instrucciones que poseia, siéndole además superior por lo dilatado de sus miras y la solidez de los proyectos. Él era el que trabajaba las memorias del conde, el que preparaba los planes, y el que cuidaba además de la economía de los asuntos domésticos.

Murió como valiente en el ataque de los atrinche-

mientos de Exiles, y cayeron á su lado los señores Darnaut, Goas, Grill, Brienne y Douges.

En cuanto al señor de Vintimille, al que se le ha visto representar un papel politico-religioso en el asunto de los jansenistas y molinistas, y otro papel particular en los amores de su sobrina con Luis XV, no murió sin religion, pero sí con dudas : lo que fué muy triste ejemplo para sus ovejas. El abate de Harcourt, que lo ayudaba á bien morir, quiso probarle las verdades de la religion. Al principio lo escuchó el señor de Vintimille con mucha paciencia; pero notando que se hacia demasiado difuso su discurso lo interrumpió diciéndole :

— Basta, señor abate, creo que basta; pero lo mas cierto que hay de todo esto, ya lo veis, es que yo me muero vuestro amigo y servidor.

CAPITULO XIII.

Familia real. — Los nombres de las hijas del rey. — Choisy y Trianon. — Etiqueta. — La prueba de los manjares. — Las entradas. — Las funciones. — La frutera del castillo y el gobernador. — La sociedad de la reina. — El juego del rey. — La cena. — El cocinero del rey. — El señor delfin. — Su infancia. — Lisonjas que se le prodigan. — Orgullo del jóven principe. — Dicho del delfin á la reina. — Cambio de su carácter. — Su ánimo. — El señor de Fleury. — Orri pierde su gracia. — Fortuna de la marquesa. — Los parisienses. — Las fiestas de la señora Pompadour.

En la época á que hemos llegado, esto es, hácia la mitad poco mas ó menos del reinado de Luis XV, tenía el rey ocho hijos de la reina; de sus queridas, *excepto*

el medio Luis, nunca tuvo ninguno, porque en su juventud habia aprendido demasiado con los bastardos de Luis XIV.

Estos hijos eran : el delfin, que nació el 4 de diciembre de 1729.

El duque de Anjou, que nació en Versalles el 30 de agosto de 1730, y murió en 1733.

Luisa Isabel de Francia, casada con don Felipe, nacida el 14 de agosto de 1727.

Ana Enriqueta, hermana gemela de Luisa Isabel.

María Adelaida, conocida por Mad. Adelaida, nació el 23 de mayo de 1732.

Victoria Luisa María Teresa, nació el 11 de mayo de 1733.

Sofía Filipina Isabel, nacida el 27 de julio de 1734.

Luisa María, nacida el 15 de julio de 1737.

Suponiendo, pues, que hubiésemos llegado al principio del año de 1750, tendria el rey cuarenta años, la reina cuarenta y siete, el delfin veinte y uno, las princesas mellizas veinte y tres, Mad. Adelaida diez y ocho, la princesa Victoria diez y siete, la princesa Sofía diez y seis, y la princesa Luisa trece.

Las princesas, excepto Luisa Isabel casada con don Felipe, vivian bajo la tutela de su madre.

Los caracteres de todas estas princesas eran muy diferentes, y los de algunas de ellas hasta extravagantes en demasía.

Madama era buena; sin pasiones, reflexiva, tímida y prudente; se complacia sobremanera con la sociedad de la señora de Ventadour, casi centenaria, á la que le hacia referir todas las anécdotas de la corte de Luis XIV.

Mad. Adelaida, al contrario, era muy atrevida: tenia todas las maneras de un muchacho; tocaba el violín,

montaba á caballo y gustaba mucho de la caza. Siempre tenia la ambicion de ser hombre y hacer la guerra. Siendo muy niña decia: « Yo no sé porqué desean tanto un duque de Anjou, porqué no me hacen á mí duque de Anjou y verán de todo lo que yo soy capaz. »

De edad de trece años, jugando á la cavagnola con la reina, consiguió robarle catorce luises; á la mañana siguiente la encontraron abriendo las puertas para salir de Versalles é ir á comprar su equipaje de guerra.

— ¿Adónde vais, princesa? la preguntó deteniéndola una de las mujeres de su servidumbre.

— Voy á ponerme á la cabeza del ejército de papá-rey, batiré á los enemigos y traeré prisionero á Versalles al rey de Inglaterra.

— ¿Pero cómo habeis de ejecutar vos sola semejante proyecto, princesa?

— No estoy sola; tengo por aliado á un hombre, al que le he hecho dar un empleo en la corte, y me ha ofrecido acompañarme.

El hombre aliado de Mad. Adelaida era un pilluelo de quince años que solia ver muchas veces en los bosques de Lagny; y el empleo que habia obtenido para él en la corte era el de guardia de los asnos de las princesas.

Detenida por fuerza en su cuarto Mad. Adelaida habia encontrado otro medio para destruir la Inglaterra, aquella misma noche lo expuso en el círculo de la corte.

— Haré que vengan, dijo, uno tras otro, los principales ingleses para acostarse conmigo, ellos se creerán muy honrados con esto, y cuando estén dormidos los mataré á todos sucesivamente.

El medio propuesto por Mad. Adelaida fué por todos muy aplaudido, como puede suponerse; pero Mad. de Tallard le hizo observar que seria una bajeza hacer morir de tal modo á todos aquellos caballeros.

— ¿Qué diablo, respondió Mad. Adelaida; pues cómo queréis que lo haga, si papá prohíbe los duelos?

En cuanto á Mad. Victoria, que tenia inclinaciones, si no mas amorosas, por lo menos mas pacíficas, era hermosa persona y de agradable fisonomía, color triguero, hermosos y grandes ojos, y que se asemejaba al rey, al delfín y á Mad. Infante; el rey la queria mas que á sus otras hermanas, y la queria, segun se decia, mas de lo que un padre debe querer á su hija; y este sentimiento exagerado, segun la crónica escandalosa, habia hecho nacer al señor de Narbona.

Mad. Sofia, que era la que seguia á Mad. Victoria, era muy blanca, y toda la parte superior de su rostro tenia mucha semejanza con el del rey.

Mad. Luisa era muy pequeña; pero tenia agradable fisonomía, era viva y alegre, y nadie podia imaginar por su aspecto que habia de ser un dia religiosa.

Mad. Infante debia morir en 1759, y Mad. Ana en 1752.

Mads. Adelaida, Victoria y Sofia habian de quedarse solteras.

A estas tres princesas las habia bautizado el rey su padre en su trato familiar con los tres nombres poco poéticos de Locque, Chiffe y Graille.

Toda la corte del rey, del delfín y de la reina, cuando estaban en Versalles estaban sujetos á una rigurosa etiqueta. Esta es la razon porque el rey gustaba tanto de Choisy y la reina de Trianon.

Una de las cosas mas serias de aquella etiqueta era el probar los manjares. En 1750 habia cinco gentiles hombres destinados á servir en las comidas de ceremonia; uno de ellos se colocaba de pié cerca de la mesa, y hacia que en su presencia se probase de todos los platos por un oficial de boca. Todo, sin excepcion, habia de

gustarse; agua, vino, asados, guisados, pan y frutas.

¡Qué distancia tan inmensa de estas comidas de ceremonia á las de confianza que se celebraban en Choisy, en que habia mesas que salian preparadas y cubiertas por el pavimento, y donde el servicio se hacia por pajes invisibles!

Otra etiqueta que se guardaba con tanta severidad como la de las pruebas, era la de las entradas. Por la puerta grande no podian entrar mas que los gentiles hombres; á un hombre del comun, aunque fuesen un Chevert ó un Voltaire, se les obligaba á entrar por las puertas mas pequeñas.

Despues se verá cómo entró Voltaire por las grandes.

El repartimiento de servicios que hacia que ninguno quisiese hacer mas que lo que le estaba impuesto estrictamente por los estatutos de su cargo, era tambien algunas veces de gran molestia.

Paseándose un dia la reina por dentro de su cámara de aparato, notó encima de su cama un poco de polvo, y se lo mostró á la señora de Luynes.

La señora de Luynes envió á buscar al ayuda de cámara de la tapicería de la reina para que hiciese que se limpiase por el ayuda de cámara de la tapicería del rey. Este manifestó que á él no concernia aquel polvo en atencion á que aunque los tapiceros del rey eran con efecto los encargados de hacer el lecho ordinario de la reina, no podian tocar al lecho de perspectiva, que se reputaba como mueble cuando la reina no dormia en él; y como que entonces la reina no usaba aquel lecho de perspectiva, aquel polvo concernia á los señores oficiales del guarda-muebles.

Se pasaron dos meses sin encontrar al que le tocaba quitar el polvo, hasta que al cabo de este tiempo lo sacudió la reina misma con un abanico de plumas.

Estos fastidios persiguieron á la reina hasta en Trianon, adonde iba muy á menudo á comer con sus damas y pasaba las noches en sociedad íntima. Hubo un día una gran cuestion entre la frutera y el gobernador que interrumpió este desahogo á la reina y le impidió poder ir á comer allí durante dos años. Pretendia la frutera ser la encargada de la provision de las bujias, y el gobernador no queria cederle este derecho que decia pertenecerle; y entretanto para no ofender á ninguno de los dos, la reina no iba á Trianon, y si acaso iba alguna vez era de día y no cenaba allí.

Nada podia ser mas triste que la situacion de aquella pobre reina. Su sociedad habitual la componian el cardenal y la duquesa de Luynes, el presidente Henault y el padre Griffet. En aquella reunion no habia etiqueta; todo el mundo se sentaba; y como la conversacion era en general poco animada, sucedia muchas veces que la mitad de la sociedad se dormia y la otra mitad la miraba dormir.

El duque de Luynes era el mayor dormilon, y el mudo mas absoluto de la sociedad, y la reina le llamaba por antífrasis el señor Tintamarre (Batahola).

El rey por su parte hacia otro género de vida. A medida que avanzaba en edad, crecian sus inclinaciones de libertinaje. Pocos dias se pasaban sin que jugase muy fuerte, de manera que pudiese perder ó hacer perder á sus adversarios tres ó cuatro mil luis.

Cuando el rey ganaba, los guardaba en su bolsillo secreto, cuando perdia tenian que ir á cobrar á las cajas del Estado. El gusto al juego se fué extendiendo hasta el extremo de pasar desde la bayeta verde á especulaciones mercantiles.

Concluido el juego, se cenaba; el rey bebia mucho, y sobre todo vino de Champagne. Cuando ya estaba no

muy sereno lo dejaban entregado á la señora de Pompadour, que hacia de él lo que podia hasta el dia siguiente.

Tenia el rey un excelente cocinero que no solo habia aprendido en los mejores libros de gastronomia y en las casas de los mejores gastrónomos todas las reglas de su arte, sino que tambien habia aprendido en casa de los médicos de mas experiencia, el arte no menos importante de preparar los manjares reparadores, con cuyo auxilio podia el rey perpetuar aquellas noches de locura, de que el duque de Orleans nos habia dado ejemplo.

Además, mientras duraba el carnaval, muchas veces el rey, los príncipes y sus favoritos recorrian no solo los bailes de máscara, sino tambien las calles de París y de Versalles.

En cuanto al delfin, habia sido criado en la mas extrema adulacion. Como santa María Alacoque, segun cuenta su historiador, manifestaba ya á la edad de catorce meses el mayor horror al pecado, así daba tambien el delfin á la edad de seis años las mayores esperanzas.

— Monseñor, le decia en 1735 el arzobispo de Crillon, el clero respeta en vos la sangre mas ilustre que haya existido jamás, y de la que habeis sacado las virtudes mas elevadas, que un día habeis de hacer resplandecer.

Un dia le dijeron al jóven príncipe que el duque de Chatillon, su ayo, estaba obligado, en las grandes ceremonias, á servirlo de rodillas.

El príncipe contestó: ¿Y porqué no siempre?

Hasta los castigos que se le imponian estaban reglados para aumentar su orgulloso carácter.

A este real niño, al que la etiqueta debia fastidiar,

se le castigaban sus faltas privándole de esta misma etiqueta. Cometía alguna falta grave, se le enviaba á misa con un solo criado á pié. Era enorme la falta, se le mandaba á la guardia que no le hiciesen honores al pasar.

Así el delfin hasta la edad de doce años fué uno de los entes mas desagradables que pudieran verse.

— Niño maligno, le dijo su madre, algun dia me darás mucho que sentir.

Y volviéndose el niño á su madre, le contestó :

— Sin embargo, convenid en que sentiriais mucho no tenerme, sobre todo despues de la muerte del duque de Anjou.

La respuesta no manifestaba un buen talento, pero sí penetracion.

A los doce años comenzó su carácter á hacerse mas reflexivo, y aun se hubiese podido distinguir en el jóven príncipe cierta fuerza, en la que la voluntad tenia la mayor parte. Atormentado por un tumor en la parte inferior de la mejilla derecha, se creyó conveniente abrírselo, y La Peyronie le hizo una incision desde el medio de la mejilla hasta la barba. El rey se desvaneció y tuvieron que hacerle respirar sales espirituosas; pero el delfin permaneció imperturbable y sufrió la operacion sin exhalar una queja ni un suspiro. Algunos dias despues su dentista advirtió al señor de Chatillon que era preciso sacar al príncipe una muela del mismo lado de la herida. Pidió el príncipe algun tiempo para decidirse; pero luego que se decidió, llamó él mismo al dentista y sufrió la operacion sin pestañear siquiera.

Algunos dias despues le sacaron otra, luego la tercera y siempre sufrió el dolor con la misma impasibilidad.

Jugando con él un dia el cardenal de Fleury, como

habia jugado con Luis XV cuando era niño, le decia :

— Monseñor, ¿ se podrá contar para lo sucesivo con esta amistad que me manifestais ahora ? Las amistades de los príncipes se dice que no son de larga duracion.

— Sin embargo, le contestó el delfin, vos habeis conservado una buena ventana en el corazon del rey para no tener de que quejaros.

Estando á la edad de trece años, el delfin en Versailles y el duque de Chatillon en París, se divirtió el delfin en inventar que la czarina habia muerto envenenada. Él habia dado tales pormenores de las causas del envenenamiento, y del interés que los señores rusos, á los que acusaba, habian tenido para efectuarlo, y las alteraciones que esta muerte podia producir en Europa; de tal suerte que esta noticia falsa fué tenida por cierta, tanta era la probabilidad que le daban los pormenores históricos. El señor de Chatillon dió publicidad á esta carta del príncipe, como noticia oficial. Al dia siguiente todo el mundo se hallaba enterado de la chanza.

Teniendo quince años, supo que una señora de la corte no habia cumplido con la Iglesia; se aproximó á ella y le dijo :

— ¿ Os habeis confesado ya, señora ?

— Sí, monseñor.

— Me pareceis católica muy tibia, señora; ¿ quién es vuestro confesor ?

— Un recoleto, respondió la señora turbada.

— Hariais mejor en tomar mi misionero de la capilla, replicó el príncipe, sería mas severo : y se apartó de ella con el mismo aire que lo habria hecho Luis XIV en circunstancia semejante.

Cuando se trató de su matrimonio con la infanta de España María Teresa, tenia el delfin catorce años, y no

habia conocido aun ninguna mujer; él no hablaba mas que de proyectos de viajes y de correrías con la señora delfina.

— Bien, le decia Mad. Adelaida, hablad de vuestra mujer, alabad su hermoso cutis, su aire de nobleza y su blancura; pero tiene rojo el cabello.

— Me han asegurado que tiene buen carácter, respondió el delfin, y eso me basta.

Decia un dia á uno de sus amigos:

— Si llego á ser rey, iré á vivir á San German y haré hacer allí construcciones procurando utilizar los edificios que hay ya.

— Monseñor, le respondió aquel á quien se dirigia; ese proyecto no está de concierto con otro proyecto que tiene V. A., el de aliviar á sus pueblos.

— Bien, dijo el delfin, reflexionaré en lo que acabais de decirme.

A la mañana siguiente al volver á ver á su amigo le dijo:

— Teneis razon, siempre se edifica mas de lo que se quiere y mas caro de lo que se puede. He reflexionado en lo que me dijisteis ayer, y os doy mi palabra de no hacer nunca edificios.

Le gustaba mucho al delfin la caza de tiro, pero tuvo la desgracia de matar al señor Chambon, y nunca se consoló de esto.

La mujer del señor Chambon habia quedado en cinta. Tuvo al niño en la pila del bautismo, y durante la ceremonia violó no sé qué ceremonial que se quiso restablecer, diciéndole:

— Monseñor, eso no es costumbre.

— Pero me parece, respondió el delfin con amargura, que tampoco es costumbre matar al padre de un niño y al marido de una mujer.

Despues de cinco años de casado vivia el delfin como honesto y buen marido; así es que la señora de Pompadour temia infinitamente mas al delfin que á la reina.

La señora de Pompadour habia sido presentada en 1745, y como ella no habia podido ser presentada bajo su nombre de la señora Lenormand de Etioles y como por otra parte ella tenia algunas razones para romper con aquel nombre, que ella habia llevado tan mal, suplicó al rey que hiciese por ella lo que habia hecho por la señora de Chateauroux. El rey consintió y le dió el marquesado de Pompadour.

La casa de Pompadour, que se remonta al siglo xii, se habia extinguido en 1722 en la persona del marqués de Pompadour, que habia representado un papel en la conspiracion de Cellamare.

La señora de Pompadour no habia estipulado de antemano sus condiciones, como la de Chateauroux, pero nada perdió en hacerlo despues.

Comenzó desde luego por hacer despedir al contralor general Orri que habia rehusado servirla empleando á una de sus criaturas.

Además de las dos versiones que corrian acerca del señor Poisson, padre, de las cuales una lo hacia tratante en ganado de la Ferté-sous-Jouarre, y la otra proveedor de carne de los Inválidos, habia aun otra que lo hacia cobrador de contribuciones indebidas, por lo que en otro tiempo habia sido condenado á la horca.

Se decia que el señor Poisson habia sido uno de los principales agentes de los hermanos Páris. Se recuerda á aquellos protectores protegidos por la señora de Prie; perseguido por Fagou que á causa de la proteccion del duque no se atrevia á apoderarse de ellos, Poisson fué condenado á ser ahorcado, pero como nunca se ahorca al que puede comprar una cuerda por cien mil libras,

se libertó Poisson de la horca y se refugió en Hamburgo.

Ya se ha referido como el comendador de Thianges representó el papel de Estanislao en 1733. Poisson lo encontró en Hamburgo, le refirió su aventura, y le rogó se interesase por él con el registrador á fin de poder apelar de la sentencia. Muchas veces le habian hablado de este asunto al cardenal de Fleury, sin haber conseguido nada, pero una señora de Saissac, que era amiga suya, hostigó tanto al cardenal que permitió la revision del proceso, y en 1741 fué absuelto Poisson de la pena impuesta por la sentencia en 1726.

Los hermanos París habian favorecido mucho á Poisson. El registrador general era enemigo de los hermanos París, por esto lo primero en que se ocupó la señora de Pompadour cuando llegó al poder fué en derribar á Orri, que se retiró á Bercy, donde todas las personas honradas fueron á su casa á cumplimentarlo, luego que llegó.

Lo reemplazó en su destino el señor Machault, intendente de Valenciennes.

El señor Machault, hombre honrado y de inteligencia, comenzó por libertar á la Francia de una gran carestía en 1749, haciendo traer trigos de Berberia.

El proyecto de la señora Pompadour no le habia salido bien mas que á medias; habia conseguido derribar un enemigo, pero no tuvo poder para colocar un amigo.

Para satisfacerla le concedió el rey una plaza de director general de construcciones, para que nombrase ella á quien quisiera; y nombró á un hermano suyo, al que dieron el título de marqués de Vaudieres, y al que le llamaban en la corte el maqués de antes de ayer.

Hé aquí la progresion de la fortuna personal de la marquesa de Pompadour.

A los seis meses de la declaracion de los amores del rey, tenia ya ciento y diez mil libras en rentas; cuarto en palacio, otro en los sitios reales, y el marquesado de Pompadour.

En 1746, le compró á Rousset, arrendador general, la tierra de Selle, en la cantidad de ciento y cincuenta mil libras, y gastó otras sesenta mil solo en arreglar la casa.

El mismo año le dió el rey quinientas mil libras, sobre el cargo de tesorero de las caballerizas, y creó en aquel mismo año otro cargo en su beneficio; de suerte que en menos de un año se habian dado á la favorita cerca de dos millones.

El 1º de enero de 1747, le dió Luis XV, por regalo de Pascuas, un librito de memoria ó carterita, guarnecida de diamantes con las armas de Francia, tambien de diamantes, en medio, y en las cuatro puntas las torres que la señora de Pompadour habia tomado por armas, tambien de diamantes. Habia además, dentro de la cartera, un billete al portador, de ciento cincuenta mil libras.

El 3 de marzo siguiente, obtuvo del rey el marqués de Vaudieres la capitanía de Grenelle, y las cien mil libras que tenia á cargo esta plaza.

En 1749 pidió la señora de Pompadour un palacio en Fontainebleau, y el rey le dió trescientas mil libras para hacerlo.

Pidió al rey en el mismo año la casa de campo de Aulnay para aumentar las bellezas de Crecy, y el rey se la dió, y cuatrocientas mil libras además.

En 1751, pensó la señora Pompadour que era tiempo de hacer algo de favor de su padre; y el rey compró la tierra de Marigny, que dió al instante al señor Poisson.

En 1752, deseó la señora de Pompadour poseer la

tierra de San Remy, lindante con la de Crecy, que era cosa corta, doce mil libras de rentas, y el rey abochornado de hacerle un regalo tan pequeño, añadió trescientas mil libras para un palacio en Compiègne.

En 1753 le agradó á la señora Pompadour el magnífico palacio del conde de Evreux, y le habló de él á Luis XV, que le dió en el instante mismo para comprarlo quinientas mil libras; y luego que se estableció en él, no encontrándolo bastante digno de sí, gastó otras quinientas mil libras para hacerlo habitable.

Los parisienses no pudieron sufrir este despilfarro, se desataron en epítetos contra la cortesana, y llenaron las paredes exteriores del palacio de pasquines. Y como para agrandar el jardín, ella se habia apoderado, sin conocimiento de nadie, de una porcion del terreno que se llamaba entonces Paseo Público, y hoy se llama los Campos Eliseos, se amotinó una porcion de pueblo, y embistió con los trabajadores, que dispersaron á pedradas.

Se entablaron por este mismo tiempo comunicaciones entre la señora de Pompadour y el rey de Prusia para comprar el principado de Neufchatel; porque en caso de romper con su real amante, queria tener en el extranjero un refugio contra los enemigos que habia adquirido en Francia, donde pudiese vivir tranquila, y asegurada, no solo su fortuna real, sino tambien la fortuna invisible, que nadie conocia, y que ella tenia diseminada en los bancos de Génova, Venecia, Londres y Amsterdam. Esta negociacion no se verificó.

De todas aquellas adquisiciones, de toda aquella fortuna real, de que ella misma no sabia qué hacer, resultaba un bien para los artistas. Era preciso decorar todos aquellos palacios, era preciso reproducir bajo todas las formas, ya las imágenes ó ya los caprichos de la favorita; las artes son la sola nobleza á que no ofende

el plebeismo, así los Vernet, los Latour y los Pigale eran los comensales cotidianos de la señora Pompadour. Participaron en gran manera de la fortuna que la favorita tenia precision de que le perdonasen. Entró desde luego el arte en la vida material, y se trasformó para hacerse, no solo agradable, sino útil; descendió á los mas ínfimos pormenores del mueblaje, á esas mil futilidades, que una mujer quiere tener en torno suyo, á las mil fantasías con que quiere recrear su vista, á los mil caprichos con que divierte su imaginacion, todo se hizo objeto del arte; y hoy todavía nuestras mujeres de moda, han tomado bajo la proteccion de su gusto ese género fútil y costoso, al que la marquesa de Pompadour ha dado su nombre.

Es menester tambien confesar que nunca se habia llevado á tanto extremo la coqueteria en los mas ínfimos pormenores como en aquella época. El arte sustitua continuamente á la naturaleza; esa brillante fantasía de Dios, que se llama *flores*, se imitaba y reproducia de cien maneras diversas con la aguja, con el pincel y con la porcelana. Un dia recibió la señora de Pompadour á Luis XV en la maravillosa casa de campo de Bella-Vista, donde habia sepultado millones; era el medio del invierno, y lo que es mas, de un invierno muy rigoroso; condujo la marquesa á su real amante á una habitacion colocada sobre una inmensa estufa, en la que se abrian las flores mas frescas y mas distantes de la estacion en que se estaba; rosas, lilas y claveles, se veian desparramados con tal profusion, que se creia estar en la primavera. Aquello era, como se decia entonces, el dominio de Flora; y todas aquellas flores de tan maravillosa frescura, exhalaban al mismo tiempo tan delicados perfumes, que pidió el rey que le hiciesen un ramo para llevar á Versalles.

— Venid vos mismo á cogerlo, señor, le dijo la favorita con encantadora sonrisa, y colgándose del brazo de Luis XV, venid.

Fué con efecto el rey, y al querer romper el primer tallo de una flor, conoció el error que acababa de cometer. Todo aquel delicioso jardín era de porcelana de Sajonia. Los olores que lo habían encantado y que parecían superiores á las emanaciones de todas aquellas flores, eran las mas suaves esencias, volatilizadas por el arte y mezcladas con la atmósfera que perfumaban.

No podia salir el rey de su encantamiento, y hablaba de él, como Aladino cuando volvió de sus excursiones subterráneas debió hablar de los mágicos jardines que había recorrido.

Conservaba Luis XV en medio de todo esto, accesos de tristeza, horas de melancolía, y momentos de disgusto, que nada podia vencer; pues sin embargo, á su disgusto, á su melancolía, á su tristeza, pudo aun poner remedio el arte. La señora de Pompadour, para distraer á su real amante, no hizo lo que la señora de Maintenon por el hombre menos á propósito para distraerse que había en Francia; no fué como ella á buscar el remedio en los clérigos y en las ceremonias religiosas: al contrario, apeló á los poetas y á las representaciones teatrales. Dufremy, Marivaux, y Collet, fueron los reyes de aquel teatro, que semejante á los muebles de la época, puede llamarse el teatro de Pompadour. En tiempo del gran rey, había sido Moliere ayuda de cámara; en tiempo de Luis XV, fué Voltaire gentil hombre de cámara.

A aquellas representaciones, objeto de mas intrigas que las que antes se fraguaban en Marly, asistia muy corto número de personas. Los espectadores eran el rey, la reina, el delfin, Mad. Adelaida, Mad. Victoria,

Mad. Sofia, Mad. Luisa, el duque de Chartres, el príncipe de Turena, el duque de Agen, los señores Richelieu, Maillebois y Tavane, el marqués de Villeroy, el conde de Lorges, los señores Argenson, Coigny, Croissy, Querchy, Chancenet, el mariscal de Sajonia, el abate de Bernis, Vaudiere, Tournechen, Brionne, Sponhein, Soubise, Belle-Isle, San Florentin, Puisieux, Chevreuse, Luxembourg, Duras, Chaulnes, Estissac, Castres, Goutant, Segur, Laugeron, Pons, Daschy y Frise.

Los actores eran el conde de Maillebois, Meuse, Agen, Croissy, Voger, Duras, Clermont de Amboise, Courtauvaux y Villeroy.

Las actrices eran las señoras de Pompadour, de Brancas, de Pons y de Lassenage.

En 1747 representaron el Tartuffe, pero casi en secreto, sin que lo supiese el delfin, las princesas ni la reina. El conde de Noailles, el príncipe de Conti y el duque de Gesvres, pidieron con empeño esquelas de convite que no pudieron conseguir.

El Tartuffe lo representaron el duque de Nivernois, Meuse, Agen, La Valliere y Croissy, y las señoras de Sassenage, de Pons y de Brancas.

En 1749 se representó el Matrimonio hecho y deshecho, en el que brilló extraordinariamente el conde de Maillebois en el papel de presidente, y el marqués de Voger, Croissy, Clermont de Amboise y Duras, obtuvieron infinitos aplausos.

En 1752, se puso en escena la opereta heroica Venus y Adonis, letra de Collet, y música de Mondonville. El caballero Clermont hizo el papel de Marte, la señora de Pompadour el de Venus, el vizconde de Chabot el de Adonis, y la señora de Brancas el de Diana.

Muchos de estos señores y señoras adquirieron reputaciones de artistas. La Valliere representaba perfecta-